

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Iván Solano
ivsolano@uv.mx
Universidad Veracruzana

Mural: fragmentos de naturaleza veracruzana (siglo XIX)

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 55, enero-marzo de 2021, pp. 71-74.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Mural: fragmentos de NATURALEZA VERACRUZANA (siglo XIX)

Iván Solano

El ser humano es naturaleza. En ocasiones, podremos olvidar que estamos ligados a la tierra, a la multitud de los árboles, a la potencia de los ríos, del viento, de la tormenta y la sequía; pero, aunque no lo recordemos, la naturaleza siempre está entre nosotros: somos una de las maneras en que ella se hace presente.

En nuestra época, la vida urbana de buena parte de la población propicia que el lazo con lo natural casi no se perciba. En una jornada común cualquiera puede levantarse de la cama al principio del día, espoleado por el sonido de un despertador digital, ir al baño y hacer uso de un débil flujo de agua proveniente del grifo. Más adelante, es posible ir al refrigerador, tomar algún alimento conservado artificialmente mediante sustancias de laboratorio y envuelto en plástico... y eso constituirá una porción del desayuno. Así puede continuar su día esa persona, rodeada de pantallas, dispositivos electrónicos, muros y ventanas desde las que se observan más muros y ventanas. La naturaleza –el mundo en su acontecer originario, no alterado por el ser humano– parece lejana.

Aunque ya en el siglo XIX poetas como Baudelaire y Rimbaud habían revelado con su obra



Johann Moritz Rugendas: *Vista del mar hacia Veracruz y el Pico de Orizaba*

los dolores de la vida en la ciudad y la añoranza por el mundo natural del origen, así como la senda para huir a los paraísos artificiales, no en todo el mundo se percibía de igual forma la carga de la modernidad. En México, hace poco más de un siglo, hacia las últimas décadas del XIX y principios del XX, la poesía –y la literatura en general– todavía mostraba un fuerte acercamiento con la naturaleza. A través de las palabras de esos antiguos poetas y narradores, como Salvador Díaz Mirón (1853-1928) o Cayetano

Rodríguez Beltrán (1866-1939), es posible columbrar vagamente lo que era la naturaleza de Veracruz hace más de 100 años.

Incluso, las formas de experimentar lo natural que tenían nuestros antepasados son un descubrimiento. Si ahora la naturaleza es casi un privilegio, una excepción a la norma de nuestra vida, en esa época se trataba de una vivencia cotidiana todavía capaz de nutrir las ideas románticas de la patria feraz y de la vida sublime o, en cambio, la idea neoclásica de la idílica Arca-



Eugenio Landesio: *Hacienda de Monte Blanco*

dia. Además, y sobre todo cuando el escrito era de corte costumbrista o naturalista, se defendía que el ambiente era capaz de influir en la identidad del individuo.

Al adentrarnos en la obra de algunos de los escritores del XIX, tanto veracruzanos como de otras regiones, pero que tuvieron por hogar Veracruz, podemos recorrer un inmenso mural donde se plasman las cumbres nevadas, las aguas transparentes, los bosques atravesados por la bruma y la multitud de bestias y plantas que pueblan esta tierra. Sin embargo, el mural está fragmentado. Está hecho con la memoria de quienes habitaron el estado en otra época y solo podemos hablar de lo que hemos leído, de lo que ha llegado escrito hasta nosotros. Aquí no podremos dar sino un vistazo a lo que fue el mundo natural del estado hace más o menos un siglo, pero quedará nuestro recorrido como una invitación a buscar los fragmentos perdidos del mural, aquellas regiones que no mencionaremos porque no hemos conocido aún su memoria escrita.

La región capital

De acuerdo con un antiguo escrito de José María Roa Bárcena (1827-1908), un viajero proveniente del centro del país, que se dirigiera hacia el puerto de Veracruz y hubiera comenzado ya la travesía por el declive de la Mesa Central –que cruza Las Vigas, La Joya y Xalapa–, podría observar, cuando comenzara el descenso por la pendiente que separa los últimos dos puntos, un valle inmenso hacia el este. Tras de sí tendría “un anfiteatro de cerros y montañas y mesas tajadas a pico, en cuyas planicies brillan a lo lejos los pueblos...” (Leal 1966, 20). Se trataba de Naolinco, Tonayán y Pástepec, entre otros. Se podría ver también en la distancia –espectro aparecido entre rocas y bosque–, la cascada de Naolinco. El valle en sí estaría “esmaltado de arboledas, milpas, zarzas, musgo, caña de azúcar y lava volcánica” (ibíd.) petrificada hace siglos. Es un paisaje donde predominan los

tonos verdes, negros, rojos y amarillos. Siéntense en esa altura claras brisas provenientes del mar y “remedan la voz del océano los negros y gigantesos pinos de la falda del Cofre” (21), cuya cima casi siempre estaba cubierta de nieve.

Ya desde Xalapa el mismo Cofre podía admirarse –de acuerdo con los versos de Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918)– entre un manto de neblina o, cuando el día era despejado, sereno y zafireo, coronado de “inmaculada albura” (Pagaza 1985, 69). En el invierno, una lluvia pertinaz golpeaba durante horas los tejados y fuertes vientos provocaban el rumor de las hojas caídas en los callejones de la capital. Sorprende encontrar, en la poesía de Pagaza, que un río de las orillas de la ciudad, el Sedeño, que ahora fluye afrentado por los desperdicios de cañerías y basurales, en aquel tiempo tenía una orilla verde a la que se acercaban algunos cervatillos salvajes.



Johann Moritz Rugendas: *Vista de Veracruz, desde los médanos tierra adentro*

Veracruz y la costa central

Al acercarse al puerto el viajero dejaría atrás las montañas y barrancos del interior del estado para explorar una tierra llana, donde proliferan el mango, el cardón, el nopal y la ortiga. Según el testimonio de Díaz Mirón, se trata de una tierra de flora energética, “para / que indemne y pujante soporte / la furia del soplo del norte” (Díaz Mirón 2005, 126), viento muy frecuente de octubre a febrero. La lumbrer solar, en cambio, caldea la región de marzo a septiembre. Por esa inmensa llanura podía el viajero observar áreas de siembra y apriscos, donde vagaban bueyes, vacas, rocines y aves canoras; también breñales, “que muestran espigas y ocultan reptiles” (133).

El mar, en los versos modernistas de Díaz Mirón, se muestra a través de una experiencia sinestésica. En el amanecer, el cielo del oriente se colora “como un ópalo inmenso” (126), a la luz de un re-

Al adentrarnos en la obra de algunos de los escritores del XIX, tanto veracruzanos como de otras regiones, pero que tuvieron por hogar Veracruz, podemos recorrer un inmenso mural donde se plasman las cumbres nevadas, las aguas transparentes, los bosques atravesados por la bruma y la multitud de bestias y plantas que pueblan esta tierra. Sin embargo, el mural está fragmentado.

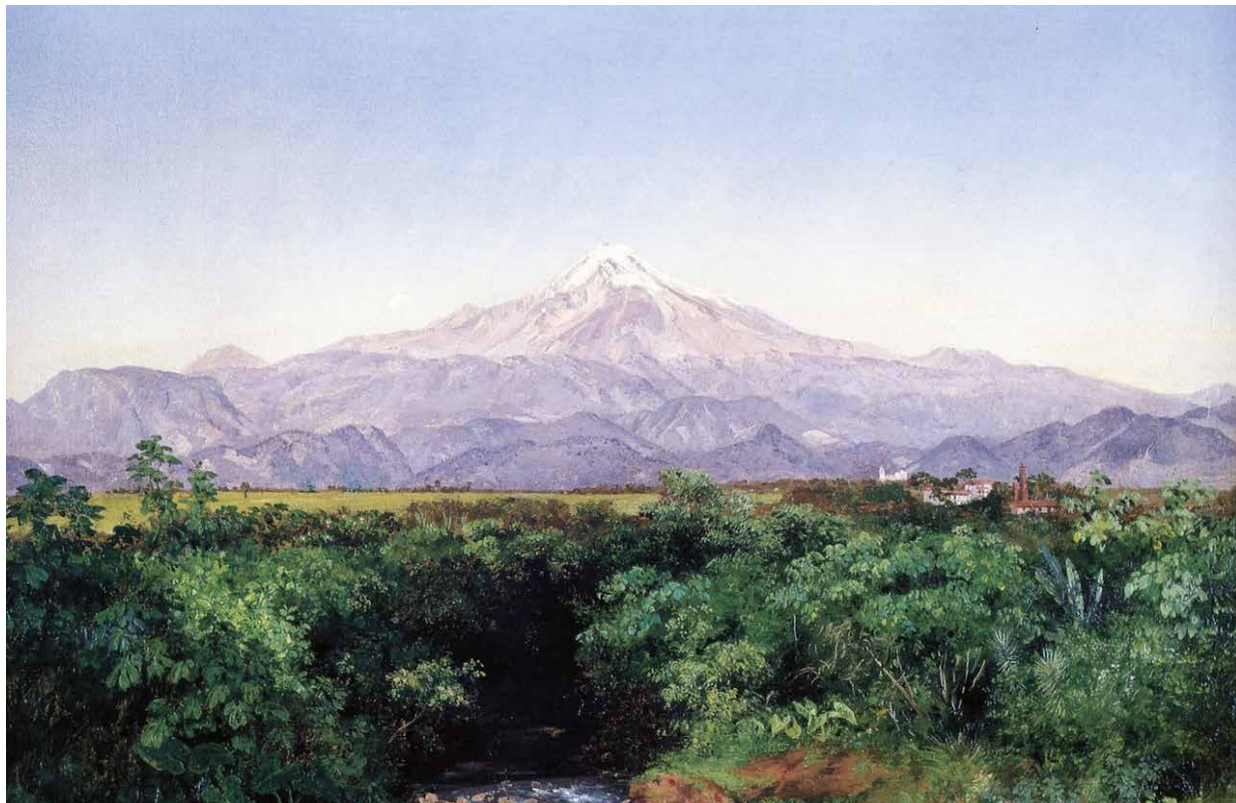
lámpago; toda la superficie marítima se irisa y resplandece; parecería de azogue palpitante. En la orilla hay dunas que, apenas tocadas por la luz del sol naciente, adquieren un vago resplandor áureo.

Hacia el mediodía, sobre un paisaje lleno de verdura, donde es posible hallar palmeras diseminadas hacia cualquier dirección, fulgura el sol implacable. Se trata de un momento en que el campo pareciera inundado de quietud, pues el ambiente sofoca y los seres descansan, evitando lo ingrato de la

hora. También, con singular habilidad y una sutil nota de erotismo, Díaz Mirón demuestra cómo el calor y los aromas del campo incitan a animales y gente a acercarse y retozar, con los sentidos turbados y la pasión henchida, como en un idilio de tiempos antiguos.

La hoya del Bajo Papaloapan

Si se aventurara más al sur, el viajero conocería una vasta región



José María Velasco: *Volcán de Orizaba desde la Hacienda de San Miguelito*

del estado llamada Llanuras de Sotavento, en donde se extiende la hoya del Bajo Papaloapan. En este dilatado espacio es fácil encontrar, hacia todos los vientos, lagunas poco profundas, ciénagas, charcas, cauces secos, esteros, arroyos y pequeñas islas. Como columna vertebral de la región, está el largo y profundo Papaloapan. En *Perfiles del terruño*, de Cayetano Rodríguez Beltrán, podemos enterarnos de que la fauna de la zona está constituida por iguanas, cocodrilos, tortugas, camarones, diversos tipos de peces, serpientes, garzas y otras aves migratorias. Crecen ahí plantas como el plátano, la palma de coco, el nanche, la caña de azúcar, maíz y algodón –este último cultivo está ya prácticamente olvidado en la región. Se trata de una tierra fértil, pero difícil para los no acostumbrados a ella, pues allí los mosquitos y el calor importu-

nan. A las orillas del gran río han medrado pueblos y ciudades de importancia para el estado, como Tlacotalpan, Amatlán y Cosamaloapan, entre otras localidades mucho menores.

El final del recorrido

Más al sur de esta región es posible encontrar otras zonas de gran riqueza, como la Sierra de los Tuxtlas, donde se alza el volcán de San Martín o Titépetl, que en náhuatl significa *Cerro de fuego* (activo aún en el siglo XXI). Cerca de ahí está la ciudad de San Andrés, que en la época de nuestro mural se dedicaba sobre todo a la producción de hoja de tabaco. No obstante, hay muchos otros sitios de Veracruz, tanto al norte como al sur de las regiones exploradas, que no hemos podido conocer para comparar su naturaleza de hace un siglo con la de

hoy, y así ver qué sobrevive y qué hemos alterado definitivamente. Queden estas palabras como una invitación a explorar esas regiones olvidadas del enorme mural de nuestro estado. **LPyH**

REFERENCIAS

- Díaz Mirón, Salvador. 2005. *Lascas*. Xalapa: UV.
- Leal, Luis. 1966. *El cuento veracruzano*. Xalapa: UV.
- Pagaza, Joaquín Arcadio. 1985. *Poesía*. Xalapa: UV.
- Rodríguez Beltrán, Cayetano. 2002. *Perfiles del terruño*. Xalapa: UV.

Iván Solano es adepto a la poesía, la narrativa y la pintura. Ganador del Premio Nacional al Estudiante Universitario Sergio Pitol de Relato (UV), en 2013. Egresado de la maestría en Literatura Mexicana de la UV. Ha organizado, colectivamente, algunas exposiciones de obra plástica.